

PANEGÍRICO
DE SAN FERMIN, OBISPO DE PAMPLONA Y MÁRTIR.

*Ipsa est directus in penitentiam gentis,
et tulit abominaciones impietatis.*

El fué destinado por Dios para la conversión de su pueblo, y quitó las abominaciones de la impiedad.

(ECL. XLIX, 3.)

El nombre del justo se hace superior á los siglos, y se perpetúa de generacion en generacion; produce en las almas una emoción agradable, como el olor de aromas preciosos que recrean el olfato, como la miel deliciosa que halaga el paladar suavemente, ó al modo de un concierto armonioso entre los placeres de un espléndido banquete. Con estos símiles expresa el Espíritu Santo las alabanzas de Josias, admirable entre los principes de Judá. En los años de su infancia empuñó el cetro con mano robusta, y dirigió sus pasos por las sendas de David. Consagró á Dios los principios de su reinado, purificando á Judá y Jerusalén de los lugares que hacia vituperables la presencia de los ídolos; sus templos execrables cayeron al impulso de su celo, y sus aras fueron demolidas juntamente con los simulacros á quienes se dedicaban. Personalmente quiso ver destruidos los altares sacrilegos de Baal, y dispersas sus reliquias sobre los sepulcros de sus viles adoradores. No se limitó su eficacia á solo Judá, purificó tambien á Manasés y Efraim. Ni aún cesó con esto su ardoroso celo, sino que se extendió á Simeon y Nefali. Sus fatigas solo tuvieron término cuando, destruida la impiedad, restituyó el templo de Dios á su antiguo culto, comisionando ministros cuidadosos de su esplendor y su gloria. Alabemos la preciosa elevacion de un corazon dócil, que supo despreciar los abusos licenciosos de su siglo. Bendigamos el alma generosa de un rey sábio, que abominó los ejemplos de sus predecesores injustos. Un varon tal es un dón de Dios para la penitencia de su pueblo, porque aparta de su vista las abominaciones impías.

En este original de Josias habreis conocido, oyentes, el retrato del varon apostólico, cuyas glorias hoy celebramos. El siglo III tocaba ya á su fin, y algunas ciudades de España no habian todavía visto desaparecer los monumentos consagrados á la superstición. Entre los innumerables defensores de la fé que entónces engendró nuestra pátria, suscitó el Cielo al gran Fermin, para que fuese el apóstol de Pamplona, el baluarte de la religion en aquella ciudad, manchada aún con el infame culto de los ídolos, y el Josias celoso, que debia llevar á cabo la conversión de su pueblo y lanzar de él las abominaciones de la impiedad. Mision sublime, mision honrosa, pero que demandaba un carácter especial, un alma de temple extraordinario, un celo infatigable, una constancia superior á todo evento. ¡Oh! regocijate, ciudad venturosa! la Providencia te envía á Fermin para tu dicha; él es la antorcha que ha de alumbrarte, el candelero de oro que ha de esclarecerte, el sol benéfico que ha de fecundarte, el ángel del gran Consejo, que retirándote del extraviado sendero del error pagano, te mostrará el camino de la verdad y de la vida. Ponderemos, oyentes, lo difícil y arriesgado de la mision de Fermin y su firmeza en llevarla á cabo; considerémoslo como apóstol y como mártir, pues por ambos titulos es digno de nuestros más sinceros y cordiales homenajes. ¡Ojalá sepa yo trazar, cual deseo, el elogio de un Santo, tan digno de figurar entre los primeros que honran nuestra católica nacio! Dignaos, Señor, favorecerme con los auxilios de vuestra gracia, que os pido por la intercesion de la Virgen santísima á la cual saludamos con el ángel: A. M.

Predicar la verdad, anunciar la fé de Jesucristo, exponerse á los mayores peligros, y sufrir los mayores tormentos y hasta la misma muerte por defenderla, era la mision de los varones apostólicos, de aquellos héroes, que destinó el Señor para disipar las tinieblas del paganismo, y ser los maestros y doctores de los pueblos. Dios, que tenia reservado á Fermin para desterrar de Pamplona, su pátria, las abominaciones paganas, se apresura á extraerle del seno de la iniquidad. El gran Saturnino de Tolosa envía desde allí á España, y particularmente á Navarra, para que anuncie las verdades evangélicas, á un presbítero llamado Honesto. Firmo y Eugenia, padres de nuestro héroe le oyen detenidamente; y con deseo de ser mejor instruidos en la fé, le piden que vuelva á Tolosa, y persuada á Saturnino, su obispo, que venga á predicar en Pamplona. Saturnino atraviesa los Pirineos, predica en Pamplona, y en pocos dias convierte millares de personas, que siguen el ejemplo de Firmo, Fausto y Fortunato,

los tres senadores y primeros magistrados de la ciudad. Preciso era que hubiese un maestro que cuidase de esta nueva Iglesia, un pastor que dirigiese al nuevo rebaño de Jesucristo; Saturnino, regresando á Tolosa, deja el cuidado de ella á su presbítero Honesto; pero bien pronto del suelo mismo de Pamplona saldrá el que ha de hacerla fecunda en virtudes y convertirla en hermoso vergel digno de la Esposa del Cordero.

Fermin contaba diez años cuando se publicó el Evangelio en su patria. Apenas hubo nacido á la gracia, sus padres le pusieron bajo la direccion del santo presbítero Honesto. Su rara inocencia, sus costumbres graves y en todo intachables, el celo que manifestaba por la religion, llamaban la atencion de cuantos le conocian. Al verle como el profeta de Silo, morando casi siempre bajo la techumbre del santuario, y escuchando las palabras de un nuevo Heli, bien podia esperar su patria, que llegaría á ser un día el apoyo más firme de su religion y el baluarte inexpugnable de su fé. A los diez y ocho años suple á su santo maestro, Honesto, agobiado por sus dolencias y más por su avanzada edad, no puede ya distribuir á su rebaño el saludable pasto de la doctrina, ni atender cual conviene á los demás deberes pastorales; por eso comete á Fermin esta árdua mision, que él llena con un éxito el más feliz. Dando quiera se le ve ocupado en arrancar de los ojos de los idolatras aquella venda que les impide ver la luz de la verdad; y unas veces arguyendo, otras enseñando, ora entablando conferencias, ora evocando públicas discusiones, desenvuelve los sagrados dogmas del cristianismo, y anuncia la doctrina que eleva al hombre y le conduce al fin sublime de la creacion. Empero, esto no era más que un ensayo del heroismo, que más tarde habia de desplegar. Deseoso de perfeccionarse, pasa á Tolosa á ponerse bajo la direccion y recibir las instrucciones del obispo Honorato, sucesor de S. Saturnino. La Iglesia de Pamplona queda sumida en el más profundo dolor, porque en él fundaba toda la esperanza de su porvenir; pero consuélese, porque bien pronto le verá volver investido del carácter pastoral para darle largos días de paz y ventura.

Con efecto: conociendo Honorato los extraordinarios méritos y eminentes virtudes de Fermin, resuelve conferirle los sagrados órdenes; mas él, que conoce la alta dignidad del sacerdocio, teme, se asusta, se tiene por indigno, y pide con lágrimas no ser elevado á ella, porque no la merece, ni es capaz de desempeñarla. Sin embargo, ora, suplica, derrama su espíritu en la presencia de Dios, para conocer si es esta su voluntad; y cuando la conoce, es ordenado

de presbítero, y despues fué consagrado obispo de Pamplona. Vuelve á tu patria, humilde y virtuoso jóven, para acabar de romper las cadenas de los que aún gimen en la opresion bajo el yugo del error, para llevar la luz á los que todavía palpan las tinieblas de la idolatria, para consolar y fortalecer á los débiles en la fé, para cimentar más y más en sus creencias á los que perseveran constantes en la doctrina del Evangelio; para ser, en fin, el faro de los que aún navegan en el agitado mar de la supersticion, y el apoyo de los que han entrado ya en el seguro puerto de la religion verdadera. Tu pueblo te espera, y el Señor te ha preparado un dilatado campo en que emplear tu celo y tu prudencia.

Fermin regresa á Pamplona, y ni un solo momento dá tregua á su ardoroso celo por la propagacion de la fé de Jesucristo. Viéraisle declarar con santa intrepidez contra el culto de las falsas deidades, opuesto á la suprema majestad de aquel Sér eterno, á quien únicamente debe el hombre rendir vasalaje y ofrecer sus adoraciones. Viéraisle detestar y condenar enérgicamente los ritos supersticiosos; y á veces sanguinarios, de los sacrificios gentílicos, como injuriosos en alto grado á aquel Dios, que, haciéndose hombre, ofreció su propia sangre en holocausto expiatorio por todo el género humano, y á quien no pueden complacer sino los sacrificios puros del corazón. Aquí, como otro Elias, lleno de un santo enojo, derribaba las aras inmundas; abatía los altares, destrozaba los ídolos de madera y de bronce, y procuraba por todos los medios posibles desterrar aquellas lúbricas festividades, en que la naturaleza misma se veía ofendida en lo que tiene de más sagrado. Allí, como otro Nehemías, trabajaba sin cesar en levantar los fundamentos de un nuevo templo al Dios del Calvario, sobre las ruinas de otro dedicado ántes á las divinidades del Capitolio. Todo para todos, no reconocía distincion alguna entre el rico y el pobre, entre el sábio y el ignorante, entre el señor y esclavo, entre el cristiano y el idolatra; su caridad se extendía á todas las condiciones; pero no buscaba sino su salud espiritual. Él no veía en los hombres sino almas redimidas por Jesucristo, á las cuales estaba encargado de ganar para Jesucristo; por eso las buscaba, sin que le entibiase la indigencia, pobreza y miseria que sufrían, ni le acobardasen la opresion y el cansancio, los peligros y los rigores de las estaciones, los caminos y las continuas molestias, la falta de descanso y de alimento; ni le detuviesen las calumnias, las burlas, los insultos, los desprecios, las contradicciones, que la falsa sabiduria del mundo y el Infierno irritado le levantaba por todas partes. A manera de exhalacion eléctrica recorrió toda la Na-

varra, persiguió en todas direcciones á la idolatría, que parecia haberse atrincherado en las faldas de los Pirineos; y donde quiera que se presentaba, su voz era una voz de virtud, que hacia balancear las fuertes columnas del error, y obligaba á los oráculos á enmudecer. Sus palabras, como las de Elias, eran ardientes teas, que al par que inflamaban á los fieles en el amor de Jesucristo, llevaban el terror y la consternacion á los pechos de los adoradores de Baal. Eran como la honda de David, con que derribaba los soberbios gigantes del error, y ponía en derrota á los enemigos del Arca santa. Eran como los cabellos de Sanson, que burlaban los proyectos del sacrilego filisteo, y derribaban las fuertes columnas en que se sostenía la supersticion. Eran... Vos lo visteis, Dios mio, con que ardor defendió los derechos de vuestra soberanía ultrajada; con que decision se opuso á los desmanes del proselitismo pagano, empeñado en inculcar sus falsos principios en los que ya eran vuestros; con que heroismo hizo frente á los peligros por conservar intacta la honra de vuestra Esposa, cercada por todas parte de émulos decididos á amancillarla con la calumnia y la blasfemia. Y ¿quién no sabe las innumerables conquistas que hizo entre los idólatras? ¿Quién ignora, que hasta los más entusiasmados por las antiguas supersticiones, no pudiendo resistir á la fuerza de la verdad, que Fermin les presentaba bajo las formas más seductoras, desertaron de las banderas del politeísmo, y se hicieron ardientes defensores del culto de la cruz? Bien pronto la Navarra, que hasta entónces no habia sido más que un yermo inculto que sólo brotaba errores, supersticion y vicios abominables, se vió trasformada en un paraíso delicioso, en donde cada dia se multiplicaban de un modo admirable los más preciosos y abundantes frutos de honor y de honestidad.

Pero la Navarra es estrecha para el celo de Fermin; por eso, cuando ya no se ven humear en su patria los altares con la sangre de victimas impuras, sinó que solo se adora sobre las sagradas aras la sangre adorable de la gran victima del Calvario, Fermin escoge un número suficiente de sacerdotes instruidos por él mismo, y llenos de celo, les encarga el cuidado de su amada grey; y, empujado por el espíritu divino, se dirige á Francia, teatro que el Cielo le destina para reportar los más gloriosos triunfos. Guiado por la Providencia llega á Agen, y luego exhorta á los unos á perseverar constantes en la fé, fortalece á los otros en medio de los peligros, sostiene al débil, anima al medroso, y es para todos un génio providencial, en quien hallan consuelo, valor y cuanto han menester en los más apurados lances. Pasa en seguida á la Auvernia y á Angers. En todas partes

predica á Jesucristo con una intrepidez admirable; disputa con los gentiles, les demuestra la locura y los errores del paganismo, y pone de manifesto la divinidad de nuestra religion. No es posible reducir á guarismos ni los triunfos que consigue, ni los laureles con que orna las sienes de la Esposa del Cordero. No bien ha conquistado un pueblo para Jesucristo, cuando ya vuela á otro. Los peligros son grandes, las molestias sin número; Fermin camina desprovisto de todo socorro humano, no experimenta sinó malos tratamientos de los paganos, á todas horas lleva expuesta su vida; así en los pueblos como en los caminos, no puede prometerse sinó morir á manos de los enemigos de Jesucristo; sin embargo, ningún estorbo es capáz de detener su celo, nada es bastante para poner limites á su fervor: sucumbir gloriosamente en la liza, ser anatema por Jesucristo, esto será para él su mayor felicidad.

Sabe que en el Beauvís son cruelmente perseguidos los fieles; allá se dirige, empujado por un movimiento irresistible. Apenas entra en aquel suelo, ve condensarse sobre su cabeza la más horrible tormenta. Persiguelo inclemente la calumnia; grita contra él el ódio; las pasiones todas se mancomunan para atizar el fuego de la persecucion; mas no por eso deja Fermin de predicar la fé y combatir el error. Delatado ante el tribunal de Valerio como sacrilego y perturbador, se le prohibe predicar la nueva religion: vanos esfuerzos; á despecho del Infierno Fermin predicará, ora en publico, ora en secreto, segun le sea permitido por las circunstancias; no es posible anudar la lengua del que cifra su gloria en la cruz. En vano le sepultan en una horrenda cárcel: secas sus fauces con la ardiente sed, exhausto de hambre, rodeado de tinieblas, afligido de dolores agudísimos, su alma permanece siempre la misma, siempre invencible, siempre heroica; porque su fé gigantesca, sus robustas convicciones, y, sobre todo, su amor sin limites hacia Jesucristo, le infunden una esperanza vivísima de aquellos gozes eternos, con los cuales ninguna comparacion tienen las delicias todas de esta tierra que habitamos, y por cuya asencion son nada los padecimientos del tiempo. En vano despedazan sus carnes con multiplicados azotes; su fé se afirma más con los padecimientos, su celo adquiere mayores proporciones desde que se ha visto digno de sufrir por el nombre de su divino Maestro.

Muere al fin el presidente Valerio, y los ciudadanos ponen á Fermin en libertad. Á la manera que la saeta sale del arco con mayor impetu, y toma más rápida velocidad cuanto más oprimida está en la ballesta, así nuestro Santo, saliendo de aquella lóbrega cárcel, en donde le ha oprimido la tiranía pagana, toma un vuelo más prodigi-

gioso; y después de haber visto con indefinible consuelo multiplicarse de día en día los cristianos, que le aclaman unánimemente su padre en Jesucristo; después de haber levantado muchos templos al Señor, parte de allí, atraviesa toda la Picardía, y recorre los Países Bajos; dejando en todas partes los más preciosos monumentos de su heroísmo. Por último, entra en Amiens. ¡Tierra feliz! saluda con entusiasmo á ese huésped que viene á visitarte. ¡Ciudad dichosa! tú recogerás los postreros frutos del celo de Fermín, y serás enriquecida con su preciosa sangre. Tan luego como nuestro Santo entra en Amiens se pone á predicar, y en tres días convierte tres mil personas. Su vida, enteramente celestial, hace una honda impresión en los corazones de los idolátras. La idolatría, despechada por su derrota, arma contra él las pasiones más feroces, y cargado de hierros, Fermín es conducido delante del representante de los Césares. Preséntase al gobernador con toda la intrepidez de un alma grande y generosa, llena de Espíritu de Dios y de la ciencia de los santos; desmenuza los sofismas del paganismo con las palabras de vida eterna que el Cielo pone en sus labios; menosprecia las mentidas promesas de la impiedad y burla sus engaños; desafía á los tormentos, y demuestra que no hay fuerza, ni poder, ni artificio, que pueda oponerse á los designios del Omnipotente. ¡Oh fuerza mágica de la verdad! El gobernador vacila en sus creencias, y deja libre á nuestro Santo; pero, en la plaza misma, á las puertas del pretorio, predica de nuevo la ley de Jesucristo, y el gobernador se ve precisado á encarcelarle; y al día siguiente, temeroso de que el pueblo se abortotase, y deseoso de complacer á los gentiles, manda que le corten la cabeza en la cárcel. Llegado es el momento del triunfo de Fermín. El verdugo penetra en aquella lúgubre estancia armado del acero homicida; al ver á Fermín puesto de hinojos como una víctima, y con las manos levantadas al Cielo, palidece, vacila su ánimo, titubea; mas, al fin, descarga el golpe, y el santo mártir, como hostia preciosa, vuela al altar del Eterno, que acepta su agradable olor de suavidad, y la corona con laureles inmortales.

¡Llor y préz al héroe español! ¡Honra y gloria al ilustre vencedor del paganismo! Gloríese la Iglesia de España de este ilustre hijo suyo, que con triunfos tan gigantescos embelleció su corona. La nación vecina pronuncia su nombre con ardiente entusiasmo, y le reverencia, y le ama, y celebra sus grandezas con un culto entrañable, porque le prodigó sus sudores apostólicos. ¿Qué no debemos, pues, hacer nosotros, que le aclamamos con santo orgullo hermano y compatriota? La historia perpetúa en sus páginas las acciones de aquellos

hombres, que, justamente celosos por la gloria é independencia del suelo que les vió nacer, trabajaron por defender sus límites contra la invasión de pueblos extraños; las artes consagran un recuerdo precioso á aquellos géneos, que con heroica abnegación se sacrificaron á sí propios por conservar á su país un puñado de tierra que le pertenecía; los siglos transmiten á los siglos la memoria de los sábios, que, reconociéndose deudores de sus talentos á su nación, los emplearon en fomentar en ella el gusto de las letras, el amor á las artes y cuanto puede ser beneficioso á la sociedad. ¡Justa recompensa! ¡Merecido galardón! Pero, si reclamamos el justo reconocimiento de unas acciones que tienden únicamente á mejorar la especie humana en la parte física é intelectual, ¿con cuánto mayor derecho debemos reclamarlo respecto de aquellas, que tienen por objeto mejorar los pueblos en la parte moral y religiosa? ¿Qué hay de comun entre los que trabajan por el bien material de su patria, por su independencia, ó por su engrandecimiento en cualquier ramo del saber humano, y entre aquellos que consagran una vida entera de penosos sacrificios á abrir el camino de la civilización por medio de la doctrina católica, afanándose por conservarla intacta en medio de un pueblo henchido de los más vergonzosos errores, luchando para esto con rivales poderosos, haciendo frente á todo un mundo empeñado en sofocar este precioso gérmen, y teniendo que marchar por salvarle entre cadalsos y sangre? No puede imaginarse heroísmo más sublime que el de esos géneos providenciales, que establecieron los cimientos de la civilización con que ahora nos envanecemos, y que tanto hicieron por dar el impulso posible al sentimiento regenerador del catolicismo, cuando éste no veía á su alrededor sino desgracias que llorar y enemigos que combatir. Por grande que sea el reconocimiento de los pueblos á esos hombres admirables, no podrá nunca juzgarse extremado. Honre, pues, Pamplona, y la España entera no cese de tributar homenajes al gran Fermín, á quien es deudor aquel pueblo del mayor bien con que pudo enriquecerle. Grave su nombre entre los de sus primeros héroes; eternize su memoria como una de sus primeras glorias; y jamás cese de reconocer, que es digno de todo su amor y acreedor á su más cordial agradecimiento, porque le enseñó la doctrina católica, fuente perenne de su más positiva felicidad.

Y nosotros, oyentes, cooperemos con nuestras costumbres á llevar á cabo esa misión tan sublime. Trabajemos, por cuantos medios estén á nuestro alcance, en fomentar el principio civilizador de la fé, reanimando el sentimiento religioso, tan débil por desgracia en estos

tiempos de indiferentismo. Sepamos apreciar los inmensos bienes que la fé católica ha proporcionado á nuestra pátria, y no nos hagamos indignos de ellos para lo futuro. Viven todavía los ejemplos de Fermin, aquella caridad ardiente, aquel generoso desprendimiento de los bienes de la tierra, aquella abnegacion de sí mismo, aquella humildad profunda, aquella oracion continua y fervorosa, aquel conjunto de virtudes, á cuya elocuente persuasion es tan difícil resistirse; que si bien todas estas virtudes son propias de los varones apostólicos, podemos y debemos procurar poseer todos los cristianos. Sigamos pues las huellas de nuestro Santo, para despues ser como él dignos de la felicidad eterna.

Santo glorioso, recibid estos obsequios en prueba del amor que os profesan nuestros corazones. Nosotros cantaremos vuestras alabanzas, haremos públicas vuestras grandes obras, transmitiremos vuestra grata memoria á las generaciones venideras, para que los hombres os bendigan y alaben hasta la consumacion de los tiempos. Emplead vuestra poderosa intercesion con el Todopoderoso, para que derrame sobre nosotros las bendiciones del Cielo, los dones de la gracia, con los cuales merezamos ser un dia felices con vos en la region del triunfo en perpetuas eternidades.

 PANEGÍRICO

 DE SAN FERNANDO, REY DE ESPAÑA.

Melior est qui dominatur animo suo, expugnator est urbium.

Mejor es el que domina sus pasiones, que un conquistador de ciudades.

(PROV. XVI, 32.)

El panegirico del gloriosísimo rey S. Fernando, III de Castilla, ofrece el más particular interés. Siempre á la verdad deben interesarnos las acciones de los grandes héroes de la Religion: en su conducta vemos la que nosotros debemos seguir; sus tentaciones nos enseñan cómo hemos de vencer las nuestras; sus trabajos y tribulaciones nos animan, esfuerzan y consuelan en medio de los que nosotros padecemos; su vigilancia para evitar los peligros, su fervor en la oracion, su correspondencia á las gracias del Cielo, son una enseñanza viva de lo que nosotros debemos practicar. El premio, en fin, que vemos han recibido por sus virtudes, la gloria y el honor que obtienen aún en el mundo y tantos años despues de su muerte, son un poderoso estímulo para que nosotros sigamos sus huellas, á fin de merecer semejante gloria y ser partícipes de su inmensa felicidad. Tales son los saludables frutos que produce en nuestras almas el conocimiento y contemplacion de las vidas de los Santos. En cada uno de ellos se nos muestra Dios admirable, cada uno de ellos nos ofrece un particular documento de virtud. ¡Con qué ansia debemos procurar informarnos de las vidas de los Santos, no ya solamente para bendecir á Dios en ellos y celebrar los portentos de su gracia, si tambien para aprender nosotros y estimularnos á corresponder á ella con fidelidad! Empero, sobre este interesante y grandioso objeto, á que debemos atender y proponernos por fin al escuchar el panegirico de cualquiera de los siervos de Dios que venera la Iglesia nuestra madre, nos ofrece hoy otro particular y de más general interés el gran príncipe

de nuestra nación y fiel discípulo de Jesucristo, á quien tributamos estos cultos. Si, católicos; vosotros sabéis, que entre las diferentes calumnias con que los impíos han combatido la Religión católica, es que ésta enerva los espíritus y los incapacita para las grandes empresas. Según ellos, un verdadero cristiano no puede acometer cosas extraordinarias; no puede ser militar esforzado ni político prudente: un príncipe educado en las máximas de la Religión sería un iluso, sin consejo, sin ciencia, sin prudencia, inhábil para el gobierno; bajo su dominación ni florecerían las artes, ni prosperaría el comercio, ni brillarían las letras; solo se enriquecerían algunos fanáticos é hipéritas, y lloraría el resto de la nación sumida en la mayor estupidez. Tan perjudicial suponen que es la Religión á la sociedad; tan enemiga la hacen de los hombres; tan repugnante y opuesta á la prosperidad pública; tanto dicen que abate y degrada el corazón humano. ¿Si pudiéran probar con hechos ciertos la calumnia! pero ¿qué hechos ciertos pueden citar? La Religión, por el contrario, los puede presentar multitud de reyes y emperadores de las naciones más esclarecidas, que dirigidos por sus principios, y gobernando según ellos, elevaron á la mayor gloria los pueblos que tuvieron la dicha de prestarles obediencia. No es mi ánimo, católicos, citaros aquí los Rodulfos y Fernandos de Austria, los Eduardos de Inglaterra, los Wenceslaos de Polonia, los Canutos de Dinamarca, los Cárlo Magnos y Luises de Francia; los Pelayos, los Alfonso, los Felipes y Cárlos de nuestra España: fuera esto hacer una apología muy larga de nuestra Religión, cuando solo estoy encargada de encomiar los virtudes del inculto Fernando III de Castilla. Y aunque fuese aquella mi comisión, ¿no quedaria bien desempeñada con solo el panegírico de este santo rey? Si fué grande y excelente príncipe: si fué glorioso su reinado y la España le recuerda con placer y con envidia; si su nombre ha pasado de una en otra generación siempre lleno de gloria; ¿cuál fué la causa de su elevación? ¿Quién inspiró en su pecho las régias virtudes que le adornaron? ¿De dónde provino la gloria que siempre circundó su trono? La Religión, católicos oyentes, la Religión sola fué el fundamento de la grandeza de Fernando. Fué un príncipe verdaderamente religioso: este es todo su elogio: este es su más grandioso panegírico. Continúa prestándome vuestra atención, y os haré ver palpablemente, que las máximas del cristianismo, por las cuales se gobernó siempre el santo rey Fernando, fueron, precisamente, las que le hicieron tan glorioso. Pero imploremos ántes los divinos auxilios por intercesion de la Santísima Virgen, saludándola con el arcángel: *A. M.*

Si repasamos con atención la historia, y nos detenemos á reflexionar acerca del carácter, acciones y virtudes de aquellos príncipes que hicieron memorable su reinado, veremos que cada uno edificó su gloria sobre distinta base; y pocos encontraremos que la adquirieran al mismo tiempo por diversos títulos. Si Salomón pone su gloria en gobernar con prudencia á sus pueblos, Alejandro la cifra en subyugar á su imperio toda la tierra. Si Asuero la constituye en la multitud de sus riquezas, Tito la establece en los repetidos beneficios que dispensa á sus súbditos. Levanta el uno soberbios y suntuosos edificios, funda ciudades que conserven su nombre; el otro destruye las más formidables fortalezas, cuyas ruinas atestiguarán eternamente su valor. Éste se desvela por mantener en perpetua paz sus dominios y mantenerla con sus aliados; aquél declara la guerra á todos los pueblos para que todos le obedezcan. Y en esta variedad de medios con que han procurado los reyes y príncipes merecerse gloriosos dictados, ¿quién no advierte, que el resorte de sus empresas era la pasión que los dominaba? ¿Quién no los reconoce esclavos de su propio corazón? Cuando despues de considerar vencedor á Alejandro de casi toda la tierra habitada, y dueño en la flor de sus años de casi todos los pueblos del mundo, le vemos deshacerse en lágrimas creyendo había más mundo que conquistar; ¿quién no ve la piqueñez de su corazón y la debilidad de su espíritu? ¿Quién no advierte, que aún no era rey de sí mismo el que se gloriaba de tener tantos súbditos? Pero preguntemos más: ¿se limita la gloria de un monarca á lo que la han reducido la mayor parte de los que apellido gloriosos el mundo? Si escuchamos al orador de Roma, son muchas las virtudes que debe poseer un monarca; virtudes que no encontramos reunidas sino en aquellos solamente que se han dirigido por las máximas de la Religión. ¿Quién sino la Religión puede juntar en un mismo corazón la justicia y la clemencia, la gravedad y la afabilidad, la fortaleza y la mansedumbre? ¿Quién sino la Religión puede hacer á un monarca justo sin ser cruel, afable sin hajeza, generoso sin prodigalidad, sábio sin orgullo, conquistador sin ser opresor, amante de la paz sin perjuicio de sus Estados?

¿Quién sino la Religión hizo á Fernando III de Castilla fuerte en las batallas, templado en la victoria, amable á sus súbditos, terrible con sus enemigos? ¿Quién le dió la corona de Castilla y de Leon? ¿Quién sujetó á su imperio los reinos de Murcia, de Jaen, de Baeza, de Córdoba y Sevilla? ¿Quién le hizo señor de los moros, padre de los españoles, rey de su propio corazón? Porque, no lo dudeis, católicos; los moros miraron á Fernando como á su señor; unos se le

sometieron, otros le pagaron tributo. Los españoles le amaron como á padre, y solo fué rey de sí mismo dominando sus pasiones. Pero todo esto fué efecto de las máximas religiosas que le gobernaban; máximas en que se había formado desde su niñez por los desvelos y solícitud de su piadosa madre Berenguela. Yo no quisiera entristecer vuestros ánimos trayendo á la memoria las sangrientas escenas que se preparaban en los campos de Castilla y de Leon, cuando apenas su madre trasladára á las sienas de Fernando la corona de Castilla. ¡Oh! ¿con cuánta razon temió este reino verse bañado en la sangre de sus hijos! Pero nó, no temas, fiel Castilla; has colocado en el trono un príncipe religioso; su religiosidad suple sus cortos años. ¿No sabeis que dice el Espíritu de Dios en las sagradas Escrituras, que el rey justo que se sienta en el sòlo, disipa todos los males con una mirada? Pues justo, virtuoso es Fernando. Enhorabuena que su ambicioso padre, Alfonso IX de Leon, le declare la guerra por usurpar el cetro que tú has entregado á su hijo; enhorabuena que el sedicioso Lara fomenté tumultos y alborotos: Fernando, jóven en los años, anciano en la prudencia; Fernando religioso, sabrá sostener sus derechos contra la ambicion de su padre sin faltar á la sumision de hijo; sabrá calmar las sediciones economizando la sangre de sus castellanos. Mirale al frente de tus tropas caminar intrépido á la batalla, disponerse á morir el primero por conservar el reino que Dios le ha dado; pero mirale tambien con que entereza y sumision al mismo tiempo, despues de humillar á su enemigo en dos combates, representa á su padre la injusticia de su pretension; mirale cual vence con prudencia y con valor, sin sangre y sin perfidia. Préstale ya tu homenaje; ya posee pacíficamente tu corona. La Religion del rey que has elegido, te ha proporcionado la paz. Así fué, católicos. Fernando sabia, que era obligacion suya defender como rey á sus pueblos, respetar como hijo á su padre; y aunque estos extremos parecian incompatibles en aquellas circunstancias, su virtud sabe conciliarlo todo. Es valiente y no teme la pelea; pero es hijo de quien le hace guerra, y no quiere venir á las manos con su padre; quiere sostener en sus sienas la corona que es suya; pero no quiere empañar su brillo con la sangre de sus súbditos. Por esto, al mismo tiempo que empuña la espada, toma tambien la pluma; se viste de fortaleza sin desnudarse de la piedad; dirige juntamente ejércitos fieles y aguerridos, mensajes enérgicos y respetuosos: por tales medios asegura á sus pueblos la paz y con ella la felicidad.

Pacífico ya Fernando en el trono de Castilla, ¿pensais, católicos, que se aplicaría á satisfacer las pasiones de su ánimo, se entregaría

á los deleites de la sensualidad, se daría á pasatiempos ó diversiones, trataría de multiplicar sus caballos y carrozas, y de allegar sumas inmensas de plata y oro? Sin duda lo hubiera ejecutado si no hubiese regulado todas sus obras por los principios de la Religion. Pero Fernando, que no dejaba de la mano las sagradas Escrituras; Fernando, que mirando como precepto general impuesto á todos los reyes, el que había intimado Dios á los de Israel; leía diariamente los Libros santos, y aprendía en ellos el temor del Señor, y á guardar todas sus palabras y ceremonias y no ensoberbecer su corazon; Fernando, vuelvo á decir, que en todo consultaba á la Religion, no ignoraba, que ésta le prohibía el atender solo á sus placeres y comodidades, y descuidar las necesidades de sus pueblos. Sabia, por el contrario, lo que la Religion prescribe á los encargados de gobernar los pueblos, y se aplicó con toda intencion á practicarlo. Si lee en la Escritura santa, que es de Dios el reino, la potestad y el imperio; que por Él reinan los reyes y de Él reciben la autoridad los soberanos; apenas le juran las Córtes de Valladolid, marcha con indecible piedad á postrarse á los piés de los altares y ofrecer alli al Señor el reino que confiara á su cuidado. Si ve elogiado en el libro del Eclesiástico el celo de Josias, porque quitó las abominaciones de la impiedad y dirigió su corazon hácia el Señor, y en los días de los pecados fortificó la piedad; Fernando, como aquel piadoso rey, se dedica á extirpar de sus dominios la herejía, conduce él mismo la leña con que han de ser quemados los herejes pertinaces en su error, se mantiene inexorable en que se cumpla la sentencia pronunciada contra una mujer infame, que solicitó al pecado á un Religioso. Él es el primero en los ejercicios de piedad y devocion; su ejemplo alienta á los demás á la práctica de la virtud: se ven desterrados del ejército los vicios; brillan entre sus soldados y entre los grandes de su córte la fé, la templanza, la honestidad y todas las virtudes. Si advierte reprendida en los Libros sagrados la imprudencia de Roboam, que siguiendo el consejo de los jóvenes de su tiempo, porque halagaba á su corazon, se enajenó el amor de sus vasallos y se malquistó con ellos; Fernando, para no incurrir en semejantes imprudencias, para atender siempre al mayor bien de sus súbditos, no solo tiene al frente del gobierno al sábio y celoso arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Jimenez, sino que establece el Consejo real de Castilla, compuesto de íntegros y doctos magistrados, para que le aconsejen y guien en los asuntos graves. Si lee que á Samuel le amonestó su madre, que abra la boca al mundo, es decir, al que no tiene defensor, y en las causas de los que están en peligro de perecer, decida lo que es justo, y juz-

que al desvalido y al pobre; Fernando se constituye abogado de los pobres, da frecuentes audiencias, y oye con benignidad á los más miserables y desvalidos; examina detenidamente las causas, y protege con toda su autoridad al injustamente perseguido. ¿Qué extraño que fuese tan amado de sus pueblos, cuando éstos no veían en su rey sino un defensor de la inocencia, un protector de la horfandad, un vengador del crimen, un padre de todos sus súbditos fieles? Tales son los monarcas que forma la Religión.

Ésta les enseña á juntar la majestad de un ánimo real con la humildad de un corazón cristiano: así, de esta suerte, concilia á los monarcas, junto con el temor que infunde la espada, que no sin causa cifien, el amor al cetro que empuñan con clemencia. ¡Con qué asombro y amoroso afecto veían los soldados heridos á su rey acercarse al lecho de ellos, informarse de su estado, consolarlos y socorrerlos, y aún aplicarles por sus reales manos los medicamentos! Esta caridad puede ser efecto de la orgullosa filosofía? Fue ésta la que se la inspiró á Fernando, ó la eterna idea, de que todos los hombres somos hijos de Dios, y mutuamente hermanos por naturaleza y por gracia? ¿Son tan frecuentes estos rasgos de compasión, estas humillaciones en los encomiadores de la igualdad absoluta? ¡Con qué admiración vió también entónces España, por vez primera, á un monarca poderoso arrodillado á los pies de sus ínfimos súbditos, para lavárselos con sus propias manos y besárselos! ¡Con qué respeto le contemplaba sirviendo á estos infelices una comida por sí mismo, y extendiendo después su régia mano para alivio de la miseria que los aquejaba!

Pero, pasemos adelante, y examinemos si la misma Religión que dirigió á Fernando para afianzar la paz en sus dominios, para mantener en orden sus Estados, para establecer en ellos la recta administración de justicia, para atender á las necesidades de sus súbditos, para desterrar la impiedad y fomentar las virtudes, fué también la que le dirigió en sus empresas militares y le hizo glorioso en los campos de batalla. Mas ¿quién puede dudarlo? ¿Quién no sabe cuán enemigo era de verter sangre este religioso monarca? Testigo la conducta que observó con su padre en el principio de su reinado; testigo la amnistía general que publicó después de la muerte de Lara á favor de todos sus enemigos; testigo el exhorto que hizo á todos sus súbditos, para que perdonáran generosos cualesquiera particular ofensa que hubiesen recibido de los rebeldes; testigo la afabilidad con que recibió á Lopez de Haro, después de rendido, á pesar de la porfiada resistencia que le había hecho en la ciudad de Leon.

¿Quién, pues, hizo meditar continúas guerras á un príncipe tan

enemigo de derramar sangre? ¿Quién movió á conquistar tantas ciudades á un príncipe tan ajeno de ambición? La Religión seguramente. Veía en los sagrados Libros, que Dios sometió á Salomon todos sus enemigos para que edificase un santuario magnífico; veía que Dios, igualmente, había humillado á sus enemigos y le había dado la paz. Creyó que los designios del Eterno eran, que, á imitación de Salomon, edificase templos á su honor y erigiese altares á su nombre. Empezó, por lo tanto, la conquista de aquellas ciudades, que, dominadas por los moros, gemían bajo su pesada tiranía, donde era profanado el nombre de Dios y violados sus santuarios. No se propone Fernando otro objeto que el de abatir el orgullo de los enemigos del nombre de Jesús, hacer que triunfe en todas partes la Religión santa, que sean honrados sus misterios, y ondee la enseña insigne de la Cruz en todos los puntos de la Península, predicando la gloria del Crucificado. Consiguiente á estos principios de Religión, que le mueven á los santos fines que se propone, no tanto cuenta para la victoria con las armas y el valor de sus tropas como con la protección del Altísimo; no tanto se cubre de brillantes armaduras, que excitan la avaricia de sus contrarios, como de interiores ásperos cilicios que muevan á piedad el Cielo; no tanto anima á sus ejércitos con patéticas alocuciones, como les adquiere valor sobrenatural con sus oraciones humildes. Si queremos saber cuales fueron las consecuencias de su confianza en Dios, de sus fervorosos ruegos á la Santísima Madre de Jesús, cuya imagen llevaba siempre consigo en todas las batallas, de sus penitencias y austeridades con que se prevenía para entrar en combate; preguntemos á todos los reinos de Andalucía: sus más famosas ciudades nos responderán, que jamás entró Fernando en batalla que no ganase, no bloqueó castillo que no rindiese, no sitió plaza de que no se apoderase, no invadió reino de que no se hiciese dueño. Si el rey moro de Sevilla se empeña en oponerle obstinada resistencia, y soberbio con su poder pretende, cual Senaquerub, alzar su mano contra Sion; Fernando, émulo de Ezequias, invoca al Señor misericordioso; Dios escucha benigno su voz y le concede un triunfo admirable. Pero ¿trionfará Fernando? ¿Atribuirá á su valor la gloria de sus conquistas? A la verdad, era el capitán más esforzado, el soldado más intrépido, el más sábio y experimentado general; pero era un príncipe religioso, sabía que la victoria es solo de aquel á quien Dios se digna concederla; por lo tanto, ordena y decreta un solemne triunfo, mas no para sí, sino para la Madre inmaculada del Verbo, protectora de sus armas. ¡Qué espectáculo, católicos! Entre las músicas mi-

litares, entre los repetidos aplausos de millares de soldados aguerridos, entre las concertadas voces de los sacerdotes y religiosos, es conducida en magnífica carroza de plata á la que fuera mezquita de los moros, una imágen de la Virgen Sma. Maria, á la cual sigue con devoto paso el poco ántes vencedor de las formidables huestes agarenas; el piadoso monarca de Castilla y de Leon, el denodado y religioso principe Fernando. ¿Qué dirán de este acto los filósofos de nuestros días? ¿Calificarán á Fernando de iluso? Pero en buen hora lo fuera. ¿Cuándo fué la España más feliz? ¿Cuándo reportaron sus ejércitos más victorias? ¿Cuándo gozó de más paz interior? ¿Cuándo se administró la justicia con más rectitud? Si lo que ellos denominan fanatismo produce tales efectos, dejen á los reyes ser fanáticos, supuesto que es un medio tan á propósito para que hagan felices á sus pueblos y cubran de gloria á su nacion.

Nosotros, entre tanto, reconozcamos y confesemos, que Fernando fué un principe verdaderamente religioso; reconozcamos y confesemos, que los principios y máximas de la Religion, por las que constantemente se gobernó en todas sus empresas, fueron las que le sublimaron á la gloria de ser el monarca mejor de nuestra España. Deduzcamos de ahí, la influencia de la Religion en los Estados y en las naciones; no esperemos ser felices sinó gobernándonos por sus máximas, cumpliendo sus preceptos. Inculquemos esta verdad á todos los que dependieren de nosotros; los padres de familia inspírenla á sus hijos, y arreglen sus casas segun las máximas de la Religion; cada uno en particular regule su conducta conforme á los mismos principios, y no dudemos, que esta cristiana filosofia nos proporcionará todas las felicidades de que es capaz la presente vida, y nos abrirá paso para la bienaventuranza eterna. Así se verificó en Fernando. Despues de haberle hecho glorioso en la tierra, le ha coronado de inmortalidad en la pátria de los justos. ¡Oh! desde ese trono brillantísimo que disfrutas en la Côte celestial, dirige compasivo una mirada hácia tus amados pueblos. Hazlo, rey santo; compadécete de tus españoles; intercede con esa Sma. Virgen poderosa, nuestra amantísima Madre; interésala á nuestro favor; y logremos por tus súplicas y las suyas, que reine entre nosotros la Fé y la Religion de Jesucristo, la Caridad fraternal, la union más íntima y la verdadera paz; para que sirviendo fielmente á nuestro misericordioso Dios, merezcamos disfrutar eternamente de su vista y amarle por siempre en las deliciosas mansiones de la Gloria. *Amén.*

PANEGÍRICO DE SANTA FILOMENA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Erit sepulchrum ejus gloriosum.

Su sepulcro será glorioso.

(ISAÍ. XI, 10.)

Diez lustros han transcurrido ya desde el faustoso día, en que los restos mortales de santa Filomena atravesaron las fértiles llanuras de la Campania, provincia de Nápoles, en cuyo territorio se halla Cápuá; y desde entónces Dios ha manifestado con tantos prodigios su bondad para con el pueblo depositario de tan precioso tesoro, que cada uno se ve precisado á abrir los ojos al esplendor de tales maravillas, y á preguntarse en lo interior del corazon: ¿Quién es esta heroína celestial? ¿á qué pueblo pertenecía? ¿Por qué fin la ha decorado Dios de tanto poder y gloria? Empero, este nombre no ha resonado solo en esa provincia, sinó que tambien su eco se ha extendido á lo léjos. Este astro nuevo, no se ha limitado á brillar con su luz benéfica sobre toda la Italia, sinó que sus resplandores han llegado hasta los países más remotos, y han movido á los pueblos á rendirle su culto por una dulce influencia.

Así como una estrella, que aparece nuevamente en el firmamento, fija las miradas de todos los hombres, y parece que hace olvidar por un momento las otras que giran á su alrededor; así esta habitadora de los Cielos, sorprendiéndonos con su radiosa luz, nos obliga á preguntarla: ¿De dónde eres? ¿A qué pueblo perteneces?

Si preguntásemos á los monumentos subterráneos de los siglos pasados, en los cuales yacian ignorados sus despojos mortales, su voz llenaria en gran parte nuestra curiosidad. Los lugares, en donde estaban depositadas sus cenizas, colocadas en torno de las tumbas de los confesores de la fé, prueban, que Roma idólatra la contó, á lo ménos durante algun tiempo, en el número de sus habitantes, y reci-

bió despues su postrer aliento. Los cristianos fieles de aquella época nos dieron á conocer, por medio de pinturas misteriosas, la santidad de su vida y el género de su muerte. Aquí es una flor de lis, simbolo gracioso de su virginidad, junto con una palma, emblema de su inocencia. Allí, para manifestar el camino de dolores que corriera en este mundo, se ven trazadas una áncora, signo de su immersion, y varias flechas, indicios ciertos de los tormentos que sufrió. Más allá está figurada la espada que cortó aquella hermosa cabeza, para indicar su glorioso martirio, y el género de muerte por medio de la cual plugo á Dios llamarla á su seno. A todos estos testimonios se añade el vaso que recibió su sangre, monumento irrefragable de su triunfo. En una palabra, para que las generaciones futuras conociesen á la que adquirió la posesion del Cielo por medio de tantos sacrificios y padecimientos, se ve grabado sobre la piedra sepulcral aquel nombre, de día en día más dulce y glorioso, el nombre de Filomena. Sin duda fuera una temeridad mía querer penetrar los fines secretos y misteriosos, que ha tenido la divina Providencia en glorificar tan de repente á su sierva fiel, ignorada de los hombres durante una larga sucesion de siglos. Las minas sagradas de las catacumbas nos han proveído siempre de semejantes tesoros; empero, la mayor parte de ellos, no tienen otro precio que el que les dá la fé: reservado pues quedaba á las reliquias de Sta. Filomena el ser reveladas por medio de un lenguaje, que los sentidos han comprobado hasta la evidencia. ¿Y cuál ha podido ser en esta revelacion el designio del Altísimo? El Señor ha querido con los sagrados restos de esta virgen excitar y promover la fé y la piedad en unos dias, en que más cunde la impiedad y el libertinaje de las pasiones. Las glorias de su sepulcro son las glorias del cristianismo; ocupémosnos pues en ellas, Pero ántes pidamos los auxilios de la gracia por la intercesion de la Sma. Virgen, saludándola con el ángel: *A. M.*

Se lee en las divinas Escrituras, que, á su vez, los muertos profetizaban. Así es como está escrito de *Eliseo*: muerto su cuerpo, profetizó; así está escrito del patriarca José: los huesos del mismo han sido visitados, y despues de la muerte profetizaron. De este modo de profetizar, de que los Padres han dado una larga explicacion, nos valdremos nosotros solo en lo que concierna á nuestro objeto. Los milagros son considerados como una virtud profética de los muertos, que consiste en revelar las cosas ocultas; los muertos, pues, ¿no nos hacen saber por este modo, que son los amigos y siervos de Dios? ¿No nos manifiestan, que Aquel por quien fueron santificados

durante la vida, obra segun sus designios para manifestarnos su gloria? Un muerto, colocado fortuitamente, volvió de repente á la vida por solo este contacto. ¿A qué fin, pues, ha obrado Dios este milagro? Para manifestarnos de qué precio era á sus ojos, no solamente el alma de su siervo, sino tambien la parte material de su cuerpo que destinaba á la inmortalidad: bien que sería un absurdo creer, que se pueda comunicar á otro lo que uno no posee por si mismo.

Es costumbre en los Libros sagrados llamar tambien profetas á los que proclamaron las alabanzas de Dios, y condujeron á otros á la piedad. En este sentido se dice, que los huesos del patriarca José profetizaron. Porque ¿de qué lenguaje usaron los israelitas religiosos, que visitaron la tumba de este santo personaje? Ellos recordaron sus virtudes y sus acciones, les aseguraron en la verdad de sus predicciones sobre la tierra prometida, y en la fidelidad de Dios en mantener su palabra: este lenguaje mudo, el más elocuente, les confirmó en la religion de sus padres, y les obligó á abandonar sin pesar el país ingrato de los Faraones. Así se responde á la pregunta que nos dirigimos á cada instante, á saber: ¿por qué fin el Altísimo nos ha revelado esta gloriosa mártir? Dios ha dado á sus huesos un sentido profético, para confirmar la santidad de sus dogmas atacados por la malicia del siglo, y para justificar la celebridad del culto dado á la Santa, el mérito de unas virtudes que la sabiduria humana trata de despreciar. En una palabra, hace triunfar de la incredulidad las verdades eternas, vengar del desprecio y de la irrision del mundo las virtudes más notables: tales son los fines de Dios en la mision profética de las reliquias de Sta. Filomena. Por otra parte, Dios, nos muestra igualmente su bondad y su poder. ¿Cuáles son, en efecto, las verdades que osaba negar el mundo? Las que ni los herejes, ni los infieles, ni los mismos pueblos salvajes se habían atrevido á poner en duda, las que pertenecen á la inmortalidad del alma. Pero, para refutar las doctrinas perversas de los incrédulos, ó para confirmar las pruebas de su infinita caridad, la omnipotencia de Dios se manifestará por medio de los milagros.

Hacia más de mil y quinientos años, que el cuerpo de Filomena yacía oculto en tumbas húmedas y tenebrosas. Estos huesos estaban destinados para la resurreccion. Los milagros obrados, despues que se han extraído estos huesos de las profundidades silenciosas de las catacumbas, ¿no anuncian en ellos un principio de vida, que es imposible desconocer? Milagros que se admiraron en el modo con que

fueron halladas aquellas cenizas por el virtuoso sacerdote, guarda de aquellos subterráneos; milagros en su traslación de las tierras del Lacio á las de Campania; milagros, en fin, en el alto grado de veneración que han inspirado tan rápidamente á los pueblos de esas comarcas sus prodigios. Y se han sucedido con tanta continuación, que el nombre de Filomena se ha extendido á lo léjos, y es invocado por millares de bocas. Ved á nuestra Santa semejante á la nube milagrosa que apareció en los tiempos del profeta Elias; apenas aparece en el horizonte, y bajo un cielo de bronce, que durante tres años había prolongado una triste sequedad, se desenvuelve, ocupa todo el imperio del aire, y se resuelve en lluvia benéfica, derramando en las tierras de Israel la fertilidad que perdiéran. En una palabra, Dios ha obrado por su mediación tan gran número de prodigios, y han honrado tanto á esta gloriosa mártir, que se pueden repetir en esta ocasión las palabras del Evangelio: Los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los muertos vuelven á vida. Santa Filomena, revestida de tanto poder como de generosidad en el destino que desempeña, parece, pues, que grita á los cristianos con el lenguaje de los milagros: Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo tendreis endurecidos vuestros corazones? ¿Hasta cuándo los tendreis cerrados á los sentimientos más consoladores de la religión y de la fé? ¿Por qué los tenis aferrados en la vanidad y en la mentira? ¿Ved, admirad cómo el Señor ama glorificarse en sus Santos, y con qué prontitud escucha á los que le invocan! Tal es su bondad, y el interés que se toma de mis huesos, que no ha permitido se perdiese uno solo; porque su designio no es abandonar eternamente á los estragos del tiempo y de la corrupción los restos de sus especiales servidores.

Mi Redentor vive, decía Job, y sé que al fin del mundo he de resucitar, y ser de nuevo vestido en mi piel, y he de ver á Dios con mi propia carne, le he de admirar con mis propios ojos; y esta esperanza consoladora llena mi corazón. La Providencia ha deparado esta nueva heroína para confirmar en la fé á los débiles, y reanimar la de los tibios, anunciando, por medio de los prodigios, la beatitud de que goza, la resurrección que espera, y la suerte de todos aquellos que durmieron en la paz del Señor. Me parece que la veo en toda la extensión de los lugares donde su nombre es invocado, señalar con el dedo las tumbas de los piadosos finados, y léjos de derramar lágrimas sobre sus cenizas repetir con bella sonrisa: ¡Dichosos los muertos que mueren en el Señor! Yo quiero verla recorrer las catacumbas, saludar aquellas santas cavernas, donde encontró el reposo, y visitar, sucesivamente unos á otros, á aquellos que esperan la hora

del Juicio. Mi imaginación, movida de estos pensamientos, se lanza á aquellos santuarios tenebrosos en alas de la fé, mi espíritu encantado se entrega allí á las meditaciones más sublimes y piadosas, y mi boca murmura estas palabras: ¡Oh Roma! ¡Oh verdadera metrópoli del universo! ¡Cuál se extasia uno á la vista de los monumentos magníficos, que te hacen superior á todas las ciudades populosas de la tierra! ¡Cuál se sorprende á la vista de los soberbios mausoleos de los dominadores del mundo! ¿cuál se prosterna ante las estatuas de esos hombres poderosos, que desde lo alto del Capitolio imponían leyes á los monarcas y sujetaban á su yugo á las naciones vencidas! ¡Y cómo cautivan la admiración del artista y del viajero esas obras de los géneos más grandes, que jamás perecen! El misterio silencioso de las soledades subterráneas eleva mi alma á los pensamientos más sublimes. Tus pirámides de mármol, tus masas gigantescas no ocultan sinó obras de la muerte; y de todos los célebres escultores, que se han aplicado á embellecer, ninguno ha tenido poder para dar un soplo de vida á esas maravillas del arte. Sin embargo, un día, en el gran día de la destrucción, tus edificios experimentarán la misma suerte que todas las demás obras humanas: serán envueltos y reducidos á polvo; y hasta las catacumbas tendrán acaso otros destinos: el espíritu creador del Altísimo descenderá á esos sombríos laberintos para dar la vida á los cuerpos de los justos que encierran. Revestidos de gloria y de inmortalidad, cercados de torrentes de luz, se alzarán de sus fúnebres moradas; y más ligeros que el viento, volarán á unirse con las almas destinadas á gozar de la suerte feliz que so les tiene preparada; presentándose al Excelso, en medio de su gloria y su poder, rodeado de toda la milicia celestial, sin cesar de repetir con su inefable alegría: Se ha confirmado sobre nosotros su misericordia, y la verdad del Señor permanece para siempre. Si; la eterna verdad se despojará entónces de sus velos misteriosos, y sus rayos vengadores aniquilarán á esos hombres de error y de mentira, que se han esforzado constantemente en desfigurarla y oscurecerla.

¡Generosa Filomena! Vos habeis contribuido poderosamente á confundir el orgullo de esos soberbios, practicando con todo el ardor de vuestra fé los preceptos divinos, cuya creencia estaba fija en vuestro corazón. Ni los prestigios de la juventud, ni los atractivos del mundo, ni las ofertas más seductoras del himeneo, pudieron seduciros, ni haceros quebrantar el voto de virginidad que habiais consagrado á Dios. ¡Qué virtud! ¡Qué tesoros de méritos se hallan en los sacrificios de vuestra vida dedicada á una causa santa! Sostener en la ocasión la religión de Jesucristo con el precio de su sangre

y de su vida, es un deber de todo cristiano; mas, confirmar esta creencia con el martirio, es el cúmulo del heroísmo. Todas esas virtudes no son más que las auxiliares de ésta, exceptuando siempre la virginidad, que el mismo Espíritu Santo llama una virtud angélica; porque cuando se ve uno obligado á hacer el sacrificio de su vida para hacerse semejante á un Dios, que dió el ejemplo de la virginidad, ésta es la virtud que combate, que resiste y que triunfa; y ésta es, pues, á la que se le deben dar los honores de la victoria. No es digna de alabanza la virginidad porque se halla en los mártires, sino porque esta virtud produce á los mismos mártires. ¡De qué valor heroico, de qué sentimientos celestiales debía estar, pues, animada nuestra heroína, para resistir á un emperador, cuando éste la brindaba con su poder á la par que con la mano que regia el universo! ¡De qué desprecio de sí misma y de los dones naturales debía estar adornada! Porque no se puede pensar, que Diocleciano pudiera dispensar sus miradas á un objeto indigno de él. La Santa se distinguía por su beldad, por la nobleza de sus sentimientos y por el esplendor de su familia; y estas prendas brillantes la obligaron á sostener muchos asaltos, á sufrir muchas violencias, á vencer la obstinacion y á tolerar muchos desdenes. Tal vez se nos diga, que la religion, que proscribió el fausto y pompas del mundo, le dió fuerza para resistir á los votos de un monarca, cuyas manos se hallaban siempre manchadas de sangre cristiana. ¿Y acaso no podía tambien, como otra Esther, concebir la esperanza de salvar á sus hermanos? ¿Qué vasto campo no se ofrecía á su imaginacion, inflamada del deseo de ser útil á otros y de precaver grandes males? Mas esta heroína habia escogido su esposo en el Cielo, y para unirse con Él se habia elevado en espíritu, al través de las nubes, de las estrellas y del coro mismo de los ángeles, para lanzarse en el seno de Dios Padre, é inflamarse con un ardor más vivo. No nos maravillémos, pues, si supo despreciar las grandezas humanas y desdenar el amor de un monarca poderoso; si vió, sin commoverse, convertirse en sentimientos de furor y de venganza su ternura seductora; si prefirió á la diadema imperial una corona de espinas, y verse cubierta, en vez de vestiduras ricas y suntuosas, de una nube de flechas; y si, en fin, ofreció á la espada del verdugo una cabeza, que no podía sostener las perlas y diamantes.

Las inteligencias celestiales, que la recibieron en coro, podrían solo decir con qué júbilo fué aceptado su noble sacrificio. Pero sea dado á la inteligencia humana formar de ello una idea, por el modo brillante con que Dios hasta el dia ha tenido á bien glorificar á esta jóven virgen. Otras heroínas que la precedieron, y cuyos sufrimien-

tos compartió nuestra mártir, tales como las Cecillas, las Aguedas, las Lucias, han obtenido igualmente los homenajes religiosos, pues se ha conocido la historia de su triunfo, las poblaciones que de él fueron testigos, las actas conocidas en otras naciones, y extendida su noticia de generacion en generacion. El Cielo, empero, ha dispuesto extraordinariamente el descubrimiento de Sta. Filomena. Las oscuras catacumbas, donde yacian depositados sus sagrados despojos, debían encerrar su nombre hasta tanto que el Todopoderoso lo revelase al mundo, y lo hiciese brillar con toda su gloria. No entra en nuestro plan detallar las circunstancias que acompañaron este descubrimiento. ¡Con qué prontitud inspiró esta nueva santa devocion á los pueblos! ¡Con qué fervor no se extendió á lo léjos esta devocion! ¡Qué madre no se apresuró á imponer á su hija recién nacida el nombre de Filomena! ¡Qué virgen no se consagró á Dios viendo en la Santa un motivo poderoso de emulacion! Los pintores se regocijan al ver producidas de diferentes maneras las facciones de la Santa: cada iglesia quiso tener un cuadro ó una imagen que la representase; y todos los fieles la invocaban. ¿Y en qué tiempo se manifestó tanto celo? Cuando el órden social estaba trastornado; cuando las vicisitudes de los Estados ofrecian la imagen de un mar en agitacion, cuyas olas tumultuosas arrastraban consigo los pensamientos, los intereses, las esperanzas y los temores de los hombres. Tales fueron, sin embargo, las circunstancias que Dios eligió para hacer resplandecer la gloria de su electa, á fin de que cada uno buscase á los piés de la Santa ó de sus altares la esperanza. Multiplicó sus prodigios á favor de los devotos y desgraciados que la invocaban, y de todos los que la honraban. Su omnipotencia obró sin esfuerzo las más grandes maravillas, como su sabiduría increada se complació en la formacion del universo.

Se dirá acaso; ¿por qué el Criador ha tardado tanto en glorificar á su sierva, dejando tantos siglos su memoria envuelta en la oscuridad? ¡Débiles mortales, á nosotros se hace semejante pregunta, que medimos el tiempo por la corta duracion de nuestra efimera existencia! Solo el que posee la eternidad cuenta los siglos como un punto. Además, ¿no se sabe que el Eterno suele reservar la manifestacion de ciertas cosas para el momento que le parece favorable? Porque ¿en qué época más bien que la en que vivimos pudo parecer más conveniente glorificar á Sta. Filomena? ¿Qué vemos nosotros pasar á nuestra vista? Dó quiera se apresura hoy la impiedad á destruir el edificio de nuestra religion, y convertir en objetos de burla los preceptos que prescribe. Si alguno se muestra

cristiano con sus acciones y su creencia, se le llama ridículo, débil, supersticioso, fanático é intolerante.

Ha habido siglos, en que la ignorancia ha producido el desórden y la confusion, mas en que la fé no estaba muerta: entónces suscitó Dios á los hombres apostólicos, que disipasen poco á poco las tinieblas, marcasen la senda perdida del órden y de las costumbres. En otros tiempos se vió á los pueblos no tener otra regla que el deleite, pero que conservaban el respeto á la santidad; el Señor hizo aparecer sábios de una vida austera é irreprehensible, que por medio de sus ejemplos y sus palabras se granjearon la estimacion de las naciones. En otras épocas en que han levantado su cabeza los espíritus orgullosos, que abusando de su ciencia desfiguraron los dogmas de la religion católica, el Todopoderoso derramó sus luces sobre las doctrinas de su Iglesia, haciendo brillar la sabiduria en sus escritos; y disipado el error, la verdad pudo destruir las dudas de los que vacilaban todavía. Cuando no han bastado estos medios de dulzura, ha derramado el Altísimo la copa de su indignacion; y envió pestes y otras plagas; y los que temían ser sus victimas, llenos de pavor, se arrepintieron de sus pecados, porque el temor de los divinos juicios y la suerte afrentosa que se les preparaba, movió sus corazones al arrepentimiento.

Pero ¿qué medios emplearía con este siglo, que marcha orgulloso con sus luces, que desprecia todas las verdades que no pueden estar subordinadas al cálculo y sorprendidas por los sentidos? ¿Qué infringe todas las leyes establecidas para no poner coto á sus pensamientos desarreglados? ¿Qué se muestra insensible á las amenazas que le hacen los ministros de Dios, porque piensa que el fin del hombre es semejante al del bruto? Dejemos este cuidado al Altísimo. En el número de cuerpos que llenan las catacumbas de Roma, se contaba é hizo descubrir el de una niña, oculta en aquellos lóbregos laberintos, para hacerla algun día el instrumento de sus maravillosos designios. Reveló el nombre de esta niña que triunfó por la virginidad, y que mereció la corona del martirio por no renunciar á este estado. Tales son los títulos por los cuales reclama que se le tributen los homenajes de los pueblos, y por los que concedió durante mucho tiempo una virtud profética á sus santas reliquias. Y ved aqui, que éstas anuncian por los honores que reciben, por el celo con que inflaman los corazones, y por la profusion sorprendente de gracias y de milagros, cuán grande es á los ojos de Dios la firmeza de la fé, y la resolucion de vivir en la castidad; pues que el mismo Dios se complace en manifestarlo de un modo tan evidente. Los santos huesos

de esta gloriosa mártir han sido visitados por el Altísimo, que jamás los había perdido de vista; el esplendor de la gloria con que se mostraban, anuncia más elocuentemente que con palabras, que la virtud virginal es una verdadera emanacion de la santidad divina. Admirable lenguaje hecho para confundir á aquellos cuyo corazon está depravado, y para reanimar el espíritu religioso de los que, sin ceder á la corrupcion de los siglos, se han esforzado en guardar este precioso tesoro.

Empero, la misia principal de Sta. Filomena es, libertar á los corazones jóvenes de los lazos que se les tienden, de la seducción que les circunda, y de mantenerlos por medios suaves en los caminos de la razon y de la fé. ¿Podría Dios escoger para los jóvenes una providencia mejor, y más conveniente á su edad? ¿Son amigos de la novedad? El descubrimiento de Sta. Filomena es un verdadero prodigio. ¿Desean entender las voces proféticas? Esta virgen por el esplendor de su gloria les manifiesta, que tendrán con ella parte un día en la gloria, si se hacen dignos del título de hijos de Dios, que es el fundamento de su inmortalidad. ¿Los sorprende el esplendor y la brillantez del poder? En todos los lugares en donde ha penetrado el nombre de esta gloriosa mártir, ha recibido los obsequios debidos, derramando los favores celestiales sobre los que la invocan. Tan cierto es, que Dios nada ha escaseado para atraer hácia El, en estos tiempos desgraciados, la parte del rebaño del Redentor más expuesta á extraviarse.

Proseguid, pues, ¡oh generosa mártir! proseguid, hajo los auspicios de Dios, vuestra admirable misia. Que vuestro sexo sea el primer objeto de vuestros cuidados. Sostened el valor y la esperanza de estas vírgenes, que se consagran á Jesucristo; elevad sus pensamientos hácia esa órden celestial, donde crecen las rosas y los lirios, que deben un día orlar sus sienas. No os olvidéis tampoco de estas esposas y de estas madres destinadas para el Cielo: obtenedles la gracia de estar siempre cubiertas con el velo precioso del pudor, prenda preferible á toda la riqueza del oro, al brillo de los diamantes, y sin la que no son más que unos sepulcros blanqueados. Echad, en fin, una mirada compasiva sobre las personas del otro sexo, principalmente los que buscan su ilustracion en las ciencias; que no hallen en ellas en vez de las flores que buscan, una ponzoña mortal para ellas y para las demás. ¡Oh gloriosa mártir! vos podeis oir nuestras demandas, prosiguiendo en la misia celestial que Dios os ha confiado. ¿Qué más bello modo se podrá escoger para hacer triunfar la verdad y las virtudes divinas que practicasteis, y confundir á los falsos sá-

bios de la tierra? Entre todos los títulos que la devoción de los pueblos os ha conferido, el más glorioso es el que, para exaltar vuestro nombre, me limito á inscribir sobre vuestra urna en este epítafio: *Después de muerto, su cuerpo hizo milagros. Sus huesos profetizaron después de su muerte* (1).

(1) *EccL. XLVIII, 14.—XLIX, 18*

PANEGÍRICO

DE SANTA FRANCISCA, VIUDA ROMANA.

*Accinxit fortitudine lumbos suos.
Revestiōse de varonil fortaleza.
(PROV. XXXI, 17.)*

Mujer admirable fuera de todo término, colmada de fortaleza varonil, llama el sagrado texto á la madre de los Macabeos: y éste es justamente el elogio que, á mi entender, corresponde con toda justicia, quizás más que á nadie, á Francisca, notabilísima matrona romana. Con efecto; mujer en extremo admirable manifestóse en todo tiempo y estado á que plugo á la divina Providencia conducirla. Admirable en extremo se mostró en la fácil adquisición y ejercicio continuo de las virtudes más raras, más árdnas y sublimes. Admirable en extremo pareció en los dones de contemplacion, de arroamiento, de revelacion, de conocimiento de corazones, y de cosas ocultas, remotas ó futuras; de apariciones angélicas, de curacion, de conversion, y de muchas otras extraordinarias y rarísimas gracias, que brillaron en la vida y fama de las almas grandes. Y lo que es más, por admirable en extremo fué considerada en aquella ciudad donde tuvo la cuna y el sepulcro; en aquella ciudad, donde á causa de ser tan frecuentes las maravillas pierden su lustre y valor. Cosa de inmensa oracion se me presentaria si quisiese penetrar en tan vasto y fértil campo. Mas, porque los portentos que de la Santa podria referir son de suyo más propios para excitar la admiracion que para instruir y servir de ejemplo á los oyentes, dejando á un lado los portentos como cosa ménos útil y provechosa, y dirigiendo mi discurso á la fortaleza varonil que ostentó en las delicadas pruebas que tuvo que sustentar, y en los gloriosos triunfos que alcanzó, me limitaré á hablar de la fortaleza que desplegó contra los enemigos, aplicándole el encomio que dió el Sábio á la mujer fuerte: *Revestiōse de varonil fortaleza*. A daros á conocer quienes fuesen los

enemigos contra los cuales se distinguió nuestra heroína romana, y se hizo renombrada en el mundo, está ordenado mi breve y desaliñado discurso. Pidamos ántes los auxilios de la gracia; interponiendo para alcanzarlo la intercesion de la Sma. Virgen, saludándola con el ángel: A. M.

Así como la vida humana es, segun dice el Profeta, una guerra continua, á la cual estamos expuestos sobre la tierra, tampoco hay dón tan necesario y tan provechoso al hombre como la fortaleza. Ésta es la armadura que hemos de vestir constantemente, para defendernos de nuestros enemigos, que á todas horas nos acechan ó combaten. Mas, este dón tan necesario al que combate, es rarísimo, especialmente en el sexo inofensivo; y tanto, que el Sábio llegó á poner en duda la existencia de la mujer fuerte. Empero, aquella fuerte heroína, que dudó hallar en las comarcas de Palestina el prudente rey de Israel, apareció en las comarcas romanas en el siglo XIV, en Francisca, á la cual está dedicada la festividad de este dia. Paso en silencio la cruda, horrible y constante guerra suscitada por permission divina, por el príncipe de las tinieblas y otros espíritus malignos contra la Santa; guerra de la cual salió vencedora, y cuyo relato exigiria un dilatado discurso; me limitaré, por lo tanto, á indicar los combates más familiares, como lo son los de la triple concupiscencia, que divisó el apóstol S. Juan, comun á todos los hombres, para que así todos podámos aprender la manera de combatir y triunfar.

En esas guerras se presentó Francisca armada de gran fortaleza, y dió muestras de sí de una manera singular. Mostróse fuerte contra la concupiscencia de los sentidos; fuerte contra la concupiscencia de la vista; y fuerte contra la concupiscencia del orgullo y del fausto. Cuan noble, cuan fuerte é invencible guerrera habia de ser para triunfar de los halagos de los sentidos, lo mostró bien claramente Francisca desde la infancia. En dicha edad nunca consintió este amabilísimo ángel, que la besase hombre alguno, aunque fuese pariente cercano, ni aún á su amantísimo padre, de cuyas caricias, á falta de otro medio, se defendia con el llanto, y dejaba de llorar la inocentísima criatura cuando cesaban las caricias de su padre. Cuando hubo soltado los pañales, vivió la interesante niña en un perpétuo é inviolable retiro, sin que nadie la viesse ni conociese, con la esperanza de mantenerse de esta suerte apartada del tálamo, y de conservarse siempre pura en medio de las espinas de una vida austera y oculta. Y si bien por mandato de su padre, á quien tenia por un represen-

tante de Dios, la obediente Francisca no pudo lograr su propósito; contradiccion que solo sirvió para que, entre las poderosas pruebas del estado conyugal, resplandeciesen más la pureza y el valor de esta fortísima matrona.

No puedo decir que á Francisca le cupiese la suerte de las Cocias, Cunegundas ó Delfinas, que merecieron el asentimiento de conservar su virginidad en el matrimonio; ántes dire, que, deseoso su esposo de dar un sucesor á su nobilísima estirpe, no pudo conceder aquel asentimiento á los ruegos ni á las lágrimas de su suplicante consorte. Mas por lo mismo que no pudo la Santa alcanzar este consentimiento, hubo de ser mayor el peligro y mayor la fortaleza que tuvo que oponer á los sentidos. Considerad, hermanos míos, que obligada Francisca por mandato paterno, á dar contra su voluntad la mano de esposa á uno de los más ilustres mancebos de la ciudad de Roma, fué tal el aturdimiento y el dolor que sintió por ello, que estuvo durante muchos meses enferma y próxima á la muerte. Y si después de su restablecimiento se vió, tal vez obligada por el vínculo conyugal, á vivir unida con su marido, ¿con qué pena se sometió á la ley! ¡Oh pureza admirable! ¡Oh virtuosísima é ingeniosísima continencia, que puede servir de ejemplo al celibato conyugal y de vituperio á las personas sensuales! Pero dejemos en su triste estado á las almas impuras, y volviendo á la Santa notaremos, que, además de sujetar los sentidos, se mostró fortísima contra la concupiscencia de la vista; y contra el amor á las riquezas estuvo siempre firme y constante.

No es que Francisca rechazase ó condenase el oro á causa de su pobreza y de la ninguna esperanza que tuviese de poseerlo. Nació la Santa de la noble y opulenta familia de Busa, y con su enlace habia entrado en la de Ponciano, aún más opulenta que la suya. Pero, rodeada de tantas riquezas, no llegó á deslumbrarla su esplendor, ni dejó entrar en su corazon el menor afecto á los caudales que poseia. ¿Qué afecto á las riquezas podia abrigar aquella alma, que habia declarado y sostenia la guerra contra el mundo y los halagos de la vida? ¿Qué afecto á las riquezas podia entrar en aquella grande alma tan enemiga del placer? ¿Qué apego á las riquezas podia tener aquella alma, que en medio de los espléndidos banquetes de su opulentísima casa, practicaba la abstincencia y el ayuno como el más rígido y austero anacoreta? ¿Qué apego al oro podia tener aquella alma, que no le daba más valor que al barro, que nunca cogió en sus manos el oro ó la plata sinó para derramarlo todo en el seno del mendigo, para vestir al desnudo, para socorrer al débil, y para salvar la honestidad peligrosa de la doncella? ¿Qué apego podia tener á

las riquezas aquella alma, que mantenía abiertas las puertas de su casa á los pobres, y que la tenía frecuentemente convertida en hospital para toda clase de enfermos? Bien lo sabe Roma, que vió trasformado el vasto palacio Ponciano en asilo de necesitados, y nunca contempló á Francisca más alegre que cuando agotaba sus cofres y graneros, ó cuando se vió despojada de sus bienes por Ladislao rey de Nápoles. Entónces Francisca, en medio de tan considerables pérdidas, y del disgusto universal de la familia, levantó rogocíjala su voz para bendecir con el santo Job al Señor, por haberle quitado lo que ántes le había concedido; dándonos á todos un hermoso ejemplo de perfecta resignación á las disposiciones divinas, y de heroico desasimiento de los bienes mundanos y caducos.

Y esto es, hermanos míos, lo que cumpliría hacer á todo cristiano, así en las prosperidades como en la adversidad. Mas ¡ah! que la mayor parte practican todo lo contrario. ¿Qué cristiano deja de atender con todo estudio á adquirir fortuna, y deja de emplear todos los medios de acrecentarla, usando con frecuencia hasta de engaño y fraude, ó valiéndose de otros arbitrios injustos é ilegítimos para acumular riquezas? ¿Cuántos hay, que para conservar su caudal privan á los pobres del sustento, y en sus necesidades los dejan abandonados sin piedad, contraviniendo bajo mentidos pretextos al importante precepto de la limosna! ¿Cuántos hay, que por apego y amor al dinero retardan los pagos á que están obligados, y buscan razones para suspender y disminuir á los operarios y criados el justo y convenido salario! ¿Cuántos hay, que á la menor pérdida y á la más ligera desgracia se impacientan, se enfurecen, prorumpiendo en maldiciones, injurias y escándalos! Estas ú otras parecidas, y otras aún más graves iniquidades, que dejo de indicar en gracia, no sé si diga, de la brevedad, ó porque no lleve trazas mi oración de parecerse á una amarga censura; éstas, decía, y otras parecidas son las proezas más comunes en nuestros tiempos entre los que profesan la ley de Cristo; y este es el desaliado retrato, que con sus descompuestas costumbres oponen gran parte de los modernos cristianos al virtuoso y heroico desapego á los bienes del mundo, que alimentó en su corazón nuestra santa matrona, hácia la cual vuelvo á llamar vuestra piadosa atención.

No satisfecha Francisca con haber triunfado de la concupiscencia de los sentidos y del oro, pasó más allá, y se preparó para vencer la del orgullo y del fausto. ¿Y con qué valor y fortaleza acometió y llevó á feliz término tamaña empresa! No bien le hubo negado su padre el permiso para entrar en el claustro, cuando al punto pensó la noble

doncella en hacer guerra al siglo y á la humana soberbia. De manera, que al poner por primera vez los pies en casa de su esposo, á pesar de ser tan jóven, prohibió á la numerosa servidumbre de ambos sexos que le diesen el tratamiento de señora; y Francisca no usó para con ellos otro nombre que el de hermanos. En aquella edad, en que las mujeres acostumbra ser esclavas de la moda y del lujo, menospreciando ella con levantado corazón los magníficos vestidos de novia, púsose á usar con admiración de toda Roma, vestidos comunes de lana, indignos ciertamente de su alta prosapia y señorial condición, gozándose en la irrisión que le hacían las gentes. Y lo que es más; en las fiestas solemnes, vestida humildemente y confundida con las mujeres pobres, poníase á veces á pedir limosna á la puerta de los templos donde mayor concurrencia había. Iba frecuentemente por la ciudad con humilde traje, ora sirviendo á los enfermos en los hospitales, y desempeñando los oficios más bajos y repugnantes; ora pidiendo á las puertas un pedazo de pan como una infeliz mendiga. Y tanto pudo Francisca con su palabra y con su ejemplo contra el orgullo y el fausto mundano, que ganó á su partido, segregándolas de las pompas del siglo, á las más ilustres matronas de Roma.

Entónces fué cuando aquella heroína, con el séquito de muchas nobles señoras, abrió la casa á la Congregación del monte Olivete bajo la regla del patriarca S. Benito; casa que, por espacio de tres siglos, ha sido un frecuente retiro de la primera nobleza romana, y un jardín de virtud y de santidad. Entónces fué cuando se vió á la matrona Ponciano ostentar su ilustre insignia por los arrabales de Roma, y á despecho de la altivez mundana, dedicarse á trabajos pesados y mecánicos, aprobados é ilustrados por el Cielo con evidentes milagros. Vióse á esta insignie señora volver de la viña, llevando en las espaldas un grande haz de sarmientos, ó bien guiar un vil jumento cargado de leña. Vióse, en fin, vencido y derrotado por obra de Francisca el orgullo y fausto del Lacio.

¿Dónde están aquellas, que si la fortuna ó su propia industria llega á levantarlas un tanto sobre la humilde condición en que han nacido, se manifiestan altivas y soberbias y aún intratables é inhumanas con los criados y familiares? ¿Dónde están aquellas, que huyen de tratar y mezclarse con los pobres y presentarse desalinadas á la vista de las gentes? ¿Dónde están aquellas, á quienes ofende el olor de los andrajos, y no pueden sufrir la vista de un andrajoso? ¿Dónde están las que tienen horror á las llagas y heridas ajenas, y cierran su corazón y apartan sus ojos de la miseria del prójimo? ¿Dónde las que recelan

que se las tenga en poco si se las ve ocupadas en trabajos manuales? ¿Dónde las que se complacen en ir adornadas y vistas de una manera superior á su condicion, presentándose en público con tales galas que forman todo su capital? ¿Dónde las que se afanan en pòs de la moda, no vacilando contraer deudas para seguirla? Vengan todas esas mujeres á contemplar la vida y las virtuosas acciones de nuestra nobilísima dama. Y si carecen de valor para declarar la guerra al mundo, al lujo y al fausto mundano, aprendan á lo ménos á vestir y á presentarse segun las reglas de la moderacion cristiana. Aprendan de la Santa á temer y huir de la blandura de los sentidos, á reprimir el anhelo desenfrenado de riquezas, y á poner á raya la altivez y el orgullo, que son la principal causa de nuestras ofensas á Dios, y el terrible escollo en que nos estrellamos.

Mas, puesto que mi voz es una débil censura contra el formidable poder de la carne, de las riquezas y de la soberbia, para que mi discurso no resulte infructuoso á los que con tanta benevolencia lo han escuchado, á vos me dirijo, fortísima y victoriosa Francisca; á vos, que durante vuestra vida mortal fuisteis un dechado perfecto de virtudes, y disteis continuadas y admirables pruebas de humildad, de pobreza y mortificacion; á vos, que en todas las pruebas triunfasteis noblemente de los sentidos, de la codicia, del oro y de las asechanzas del orgullo, y ahora disfrutais en el Cielo del premio de vuestras señaladas victorias; sed á todos nosotros maestra de virtudes tan importantes y necesarias á la vida cristiana. Enseñadnos la manera de combatir contra nuestros enemigos, y con vuestras súplicas impetrad del Señor el valor y la gracia que habemos menester para vencerlos, á fin de que podamos todos ser partícipes con vos de aquel bienaventurado galardón, que en méritos de vuestra heroica fortaleza estais gozando en el Cielo. *Amén.*

PANEGÍRICO I DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.

*Inventuque est in ea vir pauper et sapiens
et liberavit urbem per sapientiam suam.*

Se encontró en ella un varon pobre y sabio, y este libertó la ciudad por su sabiduría.

(ECLES. IX, 15.)

No es Dios ménos fiel á su Iglesia en unos tiempos que en otros, ni jamás varia el acertado plan que su sabiduria adoptó para confundir la soberbia, y que ella misma nos aclara por boca de Jesús, nuestro Salvador y Maestro, cuando dá gracias á su Padre porque abatió el orgullo y prudencia falsa del mundo, admitiendo á los humildes y sencillos á la revelacion y participacion de sus grandezas. Burló el Criador el primero y más nocivo triunfo de la soberbia con la humillacion inconcebible de su Unigénito; reformó el mundo y edificó luego su Iglesia sobre las ruinas de la Sinagoga carnal, de la Filosofía orgullosa, y de la Idolatria irracional; sirviéndose para ello de humildes pescadores, de pobres ignorantes y tristes desvalidos; y en el siglo trece, reparó el deterioro de este edificio excéso por medio de la pobreza, la sencillez, la humildad, el desprendimiento, la abnegacion absoluta; virtudes reunidas en un héroe, discípulo fiel del Evangelio y viva imágen de su Autor; en un héroe, cuya vida toda hace brillar los grandezas de su Dios; cuyas acciones renuevan sus maravillas; cuyo cuerpo presenta el retrato ensangrentado del Redentor; cuya alma arde en el fuego sagrado que abraza á los serafines; cuyo corazon abriga la inextinguible llama de la caridad; cuyos sentidos, cuyas potencias, cuyos miembros, todo él, en suma, está crucificado con Cristo... Yo le nombraré, para que no le equivoqueis con Pablo; yo nombraré á Francisco de Asís; y, nombrándole, no temeré parezcan sospechosos en boca de un hijo sus elogios; por que la historia, cuyas páginas llenan las hazañas de su virtud; los sumos Pontífices, cuya autoridad las recomiendan; la Iglesia, que las admira y celebra; las na-